

DISCURSO PATRIOTICO

Pronunciado en la Plaza de Zaragoza,

EL 5 DE MAYO DE 1868,

POR EL C. CORONEL

J. CARLOS MEJIA,

DIPUTADO A LA H. LEGISLATURA

DEL ESTADO DE MEXICO.



TOLUCA: 1868.

Tip. del Instituto Literario, dirigida por Pedro Martinez.

PUEBLO SOBERANO, SALUD!

C'est la liberté qui enfante des colosses et des choses extraordinaires.

Le courage augmente avec le danger, la viguer avec la contrainte.

SCHILLER.—*Les Brigands.*

La historia de los pueblos ofrece, como la de los individuos, gratos recuerdos de algun día de ventura, páginas de oro que brillan en medio de un pasado borrascoso, como la aurora de prosperidad en un porvenir incierto; días de fortuna en que se velan las desgracias pasadas, en que el placer inunda nuestros pechos, brotando en ellos nuevo vigor y nueva fuerza, para luchar aún, si es preciso, contra todos los obstáculos que impidan la marcha espedita de un pueblo á esa felicidad que todos ambicionamos; días que hacen época en la historia, y forman un eslabon que une á la sociedad con sus grandes destinos, ofreciendo á los contemporáneos en los hechos memorables que se celebran, un incentivo que aliente siempre en el corazón del ciudadano el amor á la patria y á la gloria.

En efecto, conciudadanos: si consultamos á la historia antigua, ella nos enseñará que todas las naciones formaban y animaban el espíritu público, poniendo á la imitación de los vivos, los ejemplos de sus héroes. Aun hoy pagamos nuestro tributo de aplauso á la memoria de Leonidas, que cayó noblemente defendiendo á su patria. Nos sentimos llenos de admiracion, al contemplar el heroísmo desplegado en Marathon por diez mil campeones

de la invadida Grecia. ¿Pero á qué citaros ejemplos estraños? ¿Qué pueblo habrá tan desgraciado en la tierra, que no pueda presentar á sus contemporáneos tipos de patriotismo sacados del repertorio de sus propias glorias nacionales? Por lo que toca á México, lo digo con orgullo, en cada página de su historia, que es la historia de un pueblo desgraciado, digno de mejor suerte, encontramos mexicanos que fueron modelos de saber, de valor, de constancia y de todas las virtudes cívicas; que á haber nacido en otro país y en otro siglo, habrían sido deificados y presentados á la adoracion de la posteridad. Tambien para los mexicanos amantes del suelo en que se mecieron sus cunas, el patriotismo es un culto que tiene sus fechas y sus hombres, y en que solo dejan de tomar parte los indiferentes y los renegados. Tal es para nosotros el 5 de Mayo de 1862. En este gran día venimos á saludar en su tumba gloriosa al denodado é invicto soldado del pueblo, al democrata sin mancha, al guerrero mexicano que supo consagrar dignamente sus servicios á la patria, como saludamos con veneracion las sombras de Epaminondas, de Washington, de Bolívar, de Hidalgo y de tantos otros bienhechores de la humanidad, que han dejado en pos de sí una huella luminosa, para guiarnos en el sendero de la vida social. Esto es lo que significa, pueblo, la concurrencia que con semblante placentero merodea en este lugar; esto las salvas de vuestros cañones, los repiques festivos de vuestras campanas, que de torre en torre trasmiten su eco á las vecinas montañas, para que de éstas se eleven á la mansion de la gloria, á fin de felicitar al héroe que es el obje-

to de nuestra admiracion, de nuestro amor y de nuestra gratitud, al inmortal Zaragoza. Hoy venimos á dar expresion á nuestro amor á la libertad, protegidos por la ley; venimos á colocar nuestras ofrendas en las aras de la patria, dedicándolas al que la amó con ternura y entusiasmo. Porque el amor á la patria dió á Zaragoza un renombre imperecedero. El amor á la patria armó su brazo con fuerza, y le inspiró el consejo y la sagacidad en la mañana de sus dias. Por el amor á la patria sacrificó el rango, el poder y hasta su misma existencia. Su amor á la patria fué el sol que alumbró el 5 de Mayo de 1862 á la República, para dar á sus hijos un triunfo espléndido sobre los veteranos guerreros de Austerlitz, Berlin, Malakoff y Magenta.

El aniversario que hoy celebramos es la conmemoracion del dia en que el pueblo mexicano, acaudillado por Zaragoza, semejante al leon herido en su fibra mas sensible, se levanta y lanza un rugido que va á anunciar al pèrvido francés que vive aún, que está despierto y listo para defender su soberanía y libertad. Es el recuerdo de la protesta solemne que un pueblo desgraciado, es verdad, pero valiente, patriota y republicano, formula contra el abuso de la fuerza y la usurpacion, sellándola con su sangre, que ofrece gustoso á la independencia de su país. Este dia, consagrado á recuerdos gratos, es una tregua momentánea en las desgracias nacionales: en él muere el odio á los vivos y renace el amor á los héroes; en él los partidos reciben abluciones en las aguas del olvido, y entre las emociones generosas de la fraternidad, invocan á su patria. Acercaos todos los limpios de cora-

zon á la gran fiesta nacional, que tenéis asientos dispuestos en ella. Vuestros fueron los sufrimientos, los peligros, la abnegacion y la constancia; y si no han sido para todos vosotros la recompensa y el premio, como en justicia debísteis esperarlo, vuestros sean á lo menos los parabienes y las congratulaciones de los patriotas; porque no hicísteis causa comun con el invasor, no tuvísteis á honra estrechar su mano teñida con la sangre de vuestros hermanos, no obrásteis como otros que les brindaron con su pan, y hasta con su..... un concepto menos generoso que verdadero iba á escaparse de mis lábios. Y vosotros hijos descarriados de una patria cuya desgracia habeis labrado con una impassibilidad estoica, con una refinada maldad; vosotros traidores, que á los gemidos de la patria moribunda contestásteis con la sardónica risa del desprecio; vosotros tránsfugas, que asistísteis á los funerales de la libertad sin recordar que, como el ave de la mitología, debia renacer mas tarde de sus propias cenizas, y que podria pedirnos cuenta de vuestra negra ingratitud, decidnos: ¿qué sentís en este dia? ¿aplaudireis como lo hacéis en otro tiempo mas feliz, cuando el crimen y el baldon aun no marcaban vuestras frentes? ¡Ah, traidores! la patria no debe ni puede olvidar vuestros sangrientos ultrajes, y sois para ella siempre un objeto de desconfianza. Si en vez de legar vuestros nombres á la posteridad para la execracion de los venideros, os perdona, mirad cómo correspondéis á este rasgo de magnanimidad. Tenedlo bien entendido: os ha perdonado, pero no pierde de vista vuestros pasos.

Ojalá que en estos momentos poseyera yo

pensamientos que inspiraran, y palabras en consonancia con mis deseos, encendería una llama que encontraría un altar en cada corazón mexicano, que reduciría á cenizas las preocupaciones de la actualidad y arrojaría una luz indeficiente en el camino del deber, que nos condujera al honor y al bienestar de nuestra sociedad. Pero ya que carezco del don de la palabra, escuchad las inspiraciones de mi amor patrio.

La feracidad extraordinaria de nuestro suelo, la variedad de sus temperaturas y el brillo de los metales preciosos que están cuajados en nuestras montañas, siempre han deslumbrado las ávidas miradas de las naciones extranjeras, con particularidad de la Francia, y nuestro país por esto ha sido el objeto de los ensueños de su codicia. De aquí resultaron todas las maquinaciones que esa nación ha practicado en la oscuridad para convertirnos en colonia suya; maquinaciones que trató de realizar el año de 1838, haciéndonos una guerra injusta, que terminó con el bombardeo y capitulación de la fortaleza de San Juan de Ulúa, y el pago de una indemnización infame. El ambicioso Napoleón III, siguiendo la política tradicional del gobierno francés, acarió durante algunos años esa idea, buscando siempre una oportunidad para reducirla á la práctica, y asociándose con Almonte y Gutiérrez Estrada para mendigar el auxilio y la cooperación de algunas cortes europeas. Semejante á las aves de rapiña, que desde la altura en que están encumbradas dirigen sus miradas hácia las ciudades, no para contemplar los hermosos paseos, los ricos templos, los soberbios palacios, los suntuosos edificios y las

demás obras pulidas del arte y de la industria del hombre, sino para fijarla en las podredumbre de los cadáveres que constituye el alimento pestilencial con que sacían el hambre que corroe sus entrañas, así él, desde el trono en que lo colocaron sus crímenes, fija su vista en nuestra patria, no para buscar declinados de honradez, de valor y de civismo, sino para encontrar la escoria de nuestra sociedad, los hombres sin fé y sin pundonor, dignos émulos de D. Opas y el conde D. Julian, á fin de que le ayuden á subyugar á la independiente México, y saciar su rapacidad, su sed de sangre y sus demás instintos feroces. Inbécil; olvidó que todavía existían Zaragoza y sus dignos compañeros; olvidó que si la antorcha de la libertad está apagada en Francia, arde inextinguible en México, y que no bastarán para apagarla la sangre de todos sus genzaros.

No es mi ánimo enarrar todos los episodios que precedieron á la célebre batalla del 5 de Mayo de 1862. No me detendré en comentar el cinismo con que los comisarios franceses llenaron de ignominia la reputación de su gobierno, al desconocer los tratados de la Soledad, que habían firmado con las solemnidades que para estos casos tienen establecidas los principios del derecho internacional. Esos tratados fueron la piedra de escándalo de la diplomacia francesa, y desde que los desconoció, la nación comprendió con toda exactitud lo que podría y debería esperar de los que se habían dado á sí mismos la misión de vernos á civilizar. Al oír de los lábios de Saligny el escandaloso principio de que la firma no obligaba á su autor, conoció que la fé de los franceses era una fé púnica, un insulto

al buen sentido, de que nunca habian dado ejemplo los mexicanos en sus transacciones políticas, ni en los momentos de sus mayores extravíos. ¡Qué ejemplo de moralidad recibieron los salvajes mexicanos, como gratuitamente se nos apostrofaba, de los cultos franceses! Desde entonces debió descorrerse para los mexicanos adictos á la intervencion, el velo que encubria la injusta empresa de Napoleon III, y verla en toda la horrible deformidad de un atentado criminal y abominable, como pocos se cuentan en la historia del mundo.

Los franceses, conducidos por la ciega é implacable rabia de Saligny, al que siempre estaba sumiso el general Laurencez, hombre débil, que desde los primeros momentos en que se presentó en la escena obedeció ciegamente los instintos de su compañero, faltan á la palabra de honor que habian empeñado solemnemente de retirarse á Paso Ancho en caso de un rompimiento, apelando á la calumnia para justificar esa falta incalificable. Imputan al general Zaragoza la intencion de asesinar á los franceses que habian quedado enfermos en los hospitales de Orizava. El general Zaragoza ocupó despues esa ciudad, y tuvo tiempo sobrado para haberlo hecho, si en su noble y generoso corazon hubiera podido abrigarse un pensamiento que solo eran capaces de concebir y efectuar aquellos que estimaban en menos el valor de sus firmas, que el del papel en que estaban puestas. Mas tarde, el ilustre caudillo mexicano tuvo en sus manos la suerte de multitud de heridos y prisioneros franceses, y en vez de asesinarlos los atendió con tanta generosidad y esmero, que

los franceses residentes en Puebla, le tributaron espontáneamente un voto de gracias.

Así obtuvieron los franceses por la perfidia, las posiciones sanas que debieron haber conquistado á punta de bayoneta, para no empañar sus decantadas glorias militares. Hubo mas. Marcharon sobre Puebla como podria hacerlo solo una horda de salvajes: sin que hubiera mediado ni una notificacion, ni una sombra de declaracion, ni una de aquellas formas usadas entre las naciones civilizadas. México estaba exceptuada de las reglas de humanidad que prevalecen en los pueblos modernos. Marcharon sobre Puebla, como acostumbraban hacerlo en Argel, asesinando en nombre de la civilizacion, á hombres independientes, que tienen un derecho indisputable de vivir en la tierra donde vieron la primera luz. Marcharon sobre Puebla, cubriendo con la sombra de su bandera, á traidores que son siempre incapaces de gobernar ó ser gobernados, y que son siempre nocivos al país, que tiene la desgracia de que hayan nacido en su suelo.

Llegamos á la gloriosa jornada del 5 de Mayo de 1862, relatada con bastante sencillez por el inmortal Zaragoza, en estos términos:

“A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y despues del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hácia el cerro de Guadalupe, compuesta de 4.000 hombres con dos baterias, y otra pequeña de á mil, amagando nuestro frente. Este ataque, que no habia previsto aunque conocia la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de la defensa, mandando en con-

secuencia, que la brigada de Berriozabal reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo de carabineros á caballo, fuera á ocupar la izquierda de aquellos, para que cargara en el momento oportuno. Poco despues mandé al batallon Reforma, de la brigada de Lamadrid, para auxiliar los cerros que á cada momento se comprometian mas en su resistencia. Al batallon zapadores, de la misma brigada, le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida á una columna que por allí se dirigia al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas efectuaron los franceses y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada á la izquierda de Loreto, aprovechándose de la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.”

“Cuando el combate del cerro estaba mas empeñado, tenia lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.”

“El C. general Diaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que tambien con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hácia la hacienda de San José, donde tambien lo habian verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habian claraboyado las fincas; pero yo no podia atacarlos, porque derrotados como estaban, tenian mas fuerza

numérica que la mia: mandé, por tanto, hacer alto al C. general Diaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posicion amenazante.”

“Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de Alamos, verificándolo poco despues la nuestra á su línea.”

“La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recojieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operacion duró todo el dia siguiente: aun no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquel; sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos y ocho ó diez prisioneros.”

“Por demas me parece recomendar á V. el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brio, y por sí solo los recomienda.”

“El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su general en jefe se ha portado con mucha torpeza en el ataque.”

“Las armas nacionales, C. Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer Majistrado de la República por el digno conducto de V., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.”

„Indicaré á V., por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas O’Horan y Carvajal, á batir á los facciosos que en número considerable se hablaban en Atlitex y Matamoros; cuya circuns-

tancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.”

En esta sencilla relacion, resalta la modestia del caudillo mexicano. No se ven en ella frases pomposas ni elogios á su persona, y sí encomia la bizarría con que se batió el ejército francés. El verdadero mérito siempre es modesto. Aun en esto dá lecciones de moralidad á nuestros pretendidos civilizadores, que nunca respetaron la verdad en sus partes oficiales, revestidos siempre de conceptos exagerados y ampulosos hasta la fatuidad tratándose de su mérito, y de palabras depresivas y denigrantes para nuestros gefes y soldados.

Así fué como la bravura y firmeza del general Zaragoza y sus dignos compañeros y soldados, mal armados y peor alimentados, contuvieron y rechazaron á los vencedores de Montebello y Solferino, sobrepujando de esta manera las esperanzas de su patria, que cuando solo exijia una defensa digna que dejara bien puesto el honor de las armas nacionales, en vista de los pocos elementos que habia podido poner á disposicion del general en gefe de la division de Oriente, y teniendo presente la calamidad de San Andres Chalehicomula, supo con admiracion que los dignos defensores de la República habian obtenido una espléndida victoria. ¡Loor eterno al esforzado Zaragoza!

Laurencez, aturdido, despavorido y lleno de despecho por la dura leccion que acababan de recibir él y sus famélicos soldados, hallándose en la indeclinable y amarga necesidad de participárselo á su gobierno, sin conside-

rar que el mundo asistia con impaciencia á esta lucha entre la fuerza brutal y el derecho, entre el escurantismo del retroceso y las luces del siglo, inventa un ridículo embuste para paliar su derrota. “Yo me disponia, dice en su parte relativo, á hacer pasar á la vanguardia dos compañías de zuavos que tenia de reserva á mi lado, cuando una tempestad tropical, oscureció la atmósfera, cayendo sobre nosotros y empapando el terreno á tal grado, que era imposible tenerse en pié en la pendiente que se acababa de trepar.” (*)

Así se respetan los fueros de la verdad entre los franceses; este es el ejemplo de pundonor y delicadeza que nos dan los que nos venian á civilizar; pero mentísteis franceses, la causa de vuestra derrota no fué la tempestad, pues que cuando ésta estalló, ya habiais enseñado las espaldas á los soldados de la República; cuando la tempestad estalló, ya el pánico se habia apoderado de vosotros y no tenias mas pensamiento que buscar vuestra salvacion en una vergonzosa fuga. Es que en el 5 de Mayo de 1862, fecha fatídica para vosotros, no érais franceses, los valientes ciudadanos que en igual fecha de 1789, inaugurabais en Versalles la asamblea nacional, que debia postrar hasta el suelo el régio dosel y el altar, y que entre otros principios sancionaba el de que ningun pueblo tiene derecho para

[*] *Je me disposais à faire passer en avant deux compagnies de zouaves que j'avais près de moi en réserve à mi-côte, lorsqu'un orage tropical, obscurcissant l'air, vint fondre sur nous et détrempier les terrains à tel point qu'on ne pouvait se tenir debout sur les pentes qu'on venait de gravir.*

mezclarse en el gobierno de los demas. Setenta y tres años de diferencia, os habian cambiado de republicanos entusiastas en soldados mercenarios de un imperio bastardo; de ciudadanos libres que proclamábais el establecimiento de la libertad, del progreso y de la justicia, en miserables esclavos que preconizábais el imperio de la tiranía, del retroceso y de la usurpacion. Soldados franceses: es que en Mayo de 1862, no érais como en Mayo de 1795, los soldados de la democracia que en la batalla de Turcoing, haciais morder la tierra á los enemigos de los derechos del pueblo. En esa fecha érais el perro fiel que custodiaba el hogar doméstico, y á quien no podian arredrar las amenazas ni el peligro. En mi patria érais ese mismo perro que al intentar robarse un hueso, se alarma al menor ruido, y corre cobarde porque su rapacidad lo espanta. Bien, franceses, quemais hoy lo que ayer adorásteis; vale que en vuestro sistema de veleidad incomprensible, el último pensamiento, sea cual fuere, es siempre el mejor para vosotros. Perdísteis la partida, pero tened la dignacion de no encubrir la verdadera causa de vuestra humillante derrota. La debeis, no á la casualidad, no á la superioridad del número ó de la disciplina ni á las mejores posiciones de vuestros contrarios. En el 5 de Mayo de 1862, con vuestros cañones rayados, vuestros famosos rifles, vuestra decantada táctica y el renombre de vuestros guerreros, érais inferiores al soldadado mexicano. ¿Y sabeis por qué? porque vuestra obra era inicua: atacábais en nombre de la usurpacion y de la perfidia, y el mexicano defendia la patria que recibió de Hidalgo, Morelos y Guerrero. Ve-

niais á sancionar el principio de la fuerza, y el soldado mexicano peleaba por un principio de eterna justicia, la soberanía é independencia de un pueblo. Tras ese puñado de soldados hambrientos y desnudos, vísteis una nacion entera, dispuesta á disputaros palmo á palmo su territorio, y no sin razon retrocedisteis.

Al llegar á esta parte de nuestra historia contemporánea, me abruma la tristeza. A la claridad que esparcía el radiante sol del 5 de Mayo, negros nubarrones vienen á proyectar su fatídica sombra sobre el hermoso suelo de nuestra patria. Su horizonte, poco ha tan puro y resplandeciente, se presenta ahora encapotado y oscuro. Pasemos sobre el periodo lúgubre y triste del horrible reinado del crimen y la traicion, como sobre carbones encendidos, porque ese es el periodo en que era un delito amar á la patria, salvar á la familia de los ultrajes brutales, y el hogar doméstico de la planta herrada del invasor. Epoca maldita en que los patriotas eran perseguidos y cazados como bestias feroces, por los salvajes europeos que nos trajeron la guerra, y lo que es mas sensible y dá aún vergüenza y cólera recordar, por mexicanos indignos, á quienes la Suprema Justicia debió haber negado el uso de su diestra para impedir que clavaran el puñal parricida en el seno de la madre patria. ¡Bajais la vista traidores! ¡Mirad al mexicano que no abandonó á su patria en la hora amarga de la prueba levantar con altivez su erguida frente al alto cielo, para pedir la aprobacion de su comportamiento al Grande Arquitecto del universo y á su propia conciencia, no dejando á su

enemigos otro recurso que el silencio y el olvido, para borrar de la memoria de los hombres una historia inicua, comenzada por la avaricia, continuada por el fraude, alimentada por el deshonor, llevada á su término por el crimen y terminada..... con ignominia! 

Después de la memorable batalla del 5 de Mayo, ya no era el pago de insignificantes reclamaciones, ni la reparacion de supuestos agravios é imaginarios ultrajes, el pretesto plausible que alegaran los franceses ante el mundo civilizado para continuar su obra de pillaje y devastacion. Era la reparacion de un verdadero insulto, la derrota del 5 de Mayo. Era necesario continuarla para satisfacer el amor á la gloria, ese mito, ese fuego fátno que los franceses han buscado en todas partes, pero que no en todas partes han encontrado. Es posible que la hayan alcanzado en los campos Wagram, pero en la República mexicana, no.

Desde este momento el pequeño Napoleon comprendió que se habia equivocado en sus juicios. La minoría opresiva como él llamaba al gran partido nacional, siempre atrevida, habia arrojado lodo sobre las águilas imperiales, y era preciso lavarlas, y lavarlas en sangre de mexicanos. No bastando cinco mil soldados para concluir la obra que él mismo titula la mas bella de su reinado, nos manda cincuenta mil, sustituyendo al torpe Laurencez, con el senador del imperio Elias Federico Forey. Este hombre vulgar, déspota y retrógrado, con las maneras de un sargento y el título de general, cumplió fielmente la consigna que recibió de su amo. Después de haber permanecido algunos meses en Orizava, avanza

sobre Puebla, la que ocupa por una calamidad inevitable, después de una heroica resistencia que duró mas de dos meses. A pocos dias marcha sobre la capital de la República, la que ocupa tambien por haberla abandonado antes el Gobierno nacional, que carecia de los elementos suficientes para su defensa.

La intervencion francesa entra desde aquí en una nueva era. Su orgullo estaba satisfecho, no porque debido al valor ó pericia de sus soldados hubieran ocupado la plaza de Puebla ni la ciudad de México, pues esto se debió á uno de los azares en la guerra; sino por el éxito, por la lógica de los hechos consumados, que es la única que sanciona el mundo europeo. Desde entonces el gobierno de la Francia, olvidando sus promesas de no intervenir en los asuntos de la política interior del país, ó reputándolas como es mas probable, por de menos valer que el papel en que estaban escritas, ataca en su base las instituciones libres, que el país se diera con espontaneidad.

Forey y Saligny, auxiliados por los traidores, fabrican una ridícula monarquía, y llaman para sentarse en un trono que se bambolea, y que mas tarde debe convertirse en un suplicio, al débil, ambicioso y malaventurado Maximiliano. Satisfechos entonces de su obra, se dirigen á sus paniaguados para anunciarles que la guerra ha concluido, y que la diplomacia se encargará de explicar lo que falta. Sí; que nos explique en buena hora la diplomacia las batallas de los Reyes, de Tacámbaro, Uruapan, Zitácuaro, Santa Gertrudis, el Parral de Hidalgo, Santa Isabel, Chilapa, Miahuatlan, Lomas de la Carbonera y

los sitios de Oaxaca, Puebla, Querétaro, México, y tantas otras funciones en que se cubrieron de gloria las armas nacionales, derrotando á los franceses y á sus aliados. La historia se encargó de desmentirlos.

Forey y Saligny, despues de unos dias de permanencia en la capital, expidieron una proclama ofreciendo garantías á los mexicanos, y las cumplieron como podría hacerlo Mourawieff, cuyas hazañas en la infeliz Polonia, nunca igualaron á las de los civilizados de México. Bien pronto fueron llamados á su país para ser sepultados en el olvido y la oscuridad; castigo poco adecuado á sus atrocidades, que tanto deshonraron á las armas, al gobierno y á la política de la Francia.

Continuó el imperio; asociado siempre con la intervencion; consorcio mal forjado, como mas adelante lo probaron los hechos. Sus actos son demasiado conocidos y recientes para que se hayan olvidado. Con ellos continuaron las cortes marciales, vorágines insondables que en su horrible crónica de sangre, arrebataron á millares de mexicanos que tenian el delito de haber tomado las armas en defensa de su patria. Para coronar este espantoso crimen contra las libertades, no ya de México, sino de toda la América, vino el infame decreto del 3 de Octubre de 1865, mas devastador que el terrorismo de la revolucion francesa, mas cruel que los frios asesinatos del duque de Alva en los Países Bajos, y el Ukase mas sanguinario que registra la historia en sus anales. Todo el que defendia al Gobierno lejítimo de su país, todo el que combatia una usurpacion pirática, todo el que no sostenia al llamado emperador, era declarado ban-

dido y castigado con la muerte, el destierro ó los horrores de un calaboso inhumado. Era la proscriccion en masa de casi toda la nacion, una excomunion política para todos aquellos que obraban de conformidad con los sentimientos mas nobles de la naturaleza humana, la destruccion de aquellos que no podian sufrir un yugo ominoso, ni doblar la rodilla á las plantas de un advenedizo extranjero. Cuando pueda escribirse con calma y reflexion la historia de la intervencion y el imperio, cuando puedan relatarse con precision los saqueos, los incendios, los asesinatos y crueldades de ese reinado monstruoso, la República y sus hombres aparecerán heroicos en el sufrimiento, grandes y magnánimos en la victoria, y la invasion se presentará como ha sido, cruel, bárbara é indigna de la civilizacion del siglo en que vivimos.

En cambio de tantos males que nos causaron la intervencion y el imperio, ¿qué bienes nos han dejado? Ninguno. No se ven en sus huellas sangrientas ningun principio nuevo, grande ó benéfico. No señalaron ningun paso de progreso ó intelijencia. No restañaron las heridas, ni calmaron las pasiones, ni dulcificaron las diferencias ó rencores de los partidos. ¡El único monumento, único memorial palpable que nos dejaron de su tránsito, son las tumbas humildes que encierran los restos de los patriotas que sacrificaron á su zaña y rencor, y para formar contraste, tres cadalsos en la cima del Cerró de las Campanas!

Perdonadme si en algo he digresionado, trayendo á vuestra memoria los recuerdos de un triste pasado, que deberiamos cubrir para siempre con el negro velo del olvido. A la

noche tenebrosa que siguió al 5 de Mayo de 1862, se presenta en todo su esplendor el hermoso sol de Mayo de 1867, para alumbrar de nuevo á nuestra patria y hacerla brillar con una efulgencia gloriosa. Nuestro pabellon, enseña de la patria, de la libertad y de la union, flamca de nuevo en los palacios del pueblo mexicano, y se ostenta orgulloso como cuando lo tremolaba el inmortal Zaragoza en los campos de Puebla, en defensa de nuestra independencia.

¡Gloria á tí invicto Zaragoza! Tu nombre inmortal en la historia resplandecerá siempre. Los mexicanos harán de éste un dia de regocijo. Cuando hayamos descendido á nuestros sepuleros, nuestros hijos lo honrarán. Lo celebrarán con gratitud y bendiciones. En cada aniversario derramarán lágrimas copiosas y ardientes, no de sujecion y esclavitud, no de desgracias ni sufrimientos, sino de gozo. Cuando á la cabeza de nuestros ejércitos se lean tus grandes hazañas, que nos dieron patria y libertad, nuestros soldados desenvainarán la espada y harán un juramento sagrado de conservarlas ó perecer en el campo del honor, y los mexicanos todos á su recuerdo, se levantarán como un solo hombre para defenderlos. Que las oigan, los primeros que oyeron el estallido del cañon enemigo, los que vieron caer á un hermano, á un hijo ó á un padre en las cumbres de Aculzingo y en los suburbios de Puebla, y trasmítirán á sus hijos la misma obligacion que tú les impusiste: conservar á la patria independiente y libre, ahora y siempre. Si esa patria alguna vez fuere de nuevo amagada, de los mismos muros y escombros de la ciudad invicta que fué el teatro de tus haza-

ñas, y á quien legaste tu nombre, se levantará un grito para decir al invasor: *atrás extranjeros, México será para los mexicanos.* Fuiste como ciudadano el primero en la paz; como caudillo del pueblo, el primero en la guerra, y como el libertador de tu pueblo, serás el primero en el corazon de tus conciudadanos. Desde la inmortalidad en que recibes en este gran dia las ovaciones que de todo el ámbito de la República te dirijen los mexicanos, recibe tambien la ofrenda que te venimos á tributar.

Un momento mas y habré concluido. Mexicanos: juremos á la vista del monumento que vuestro patriotismo ha levantado para honrar la memoria de Zaragoza, que defendemos siempre nuestra independencia y libertad; y sostengamos en todo evento este juramento solemne, con nuestras fortunas y nuestras vidas. Que no haya un mexicano, que no prefiera que una catástrofe haga desaparecer nuestro suelo, antes que verlo otra vez dominado por el extranjero. Que se levante nuestra patria para establecer el reinado de la paz y de la ley. La Europa nos contempla; nos pide un ejemplo vivificante de la libertad que pueda contrastar por la felicidad de los ciudadanos, con la tiranía siempre creciente que la está desolando. Nos invita á preparar un asilo, donde el desgraciado pueda encontrar solaz, y el perseguido reposo. Nos conjura á cultivar un suelo propicio donde pueda fructificar el árbol de la libertad, y cubra con su sombra benéfica á todos los desgraciados de la especie humana. Este será el resultado que corresponda á nuestra victoria del 5 de Mayo, que nos vaticinó un porvenir grande, feliz y próspero.

¡Mexicanos! dignos hijos de Hidalgo y de Morelos: ¡Viva la independencia nacional! ¡Viva el 5 de Mayo de 1862! ¡Viva el invicto general Zaragoza!!!—DILE.